

es decir, ya no era carro... Entonces me di cuenta de que también se morían.

Aquel conjunto de hierros retorcidos y de podridas maderas no tenía ruedas. Sin saber por qué sentí pena por el carro muerto... Más tarde me dijeron algo que yo no acababa de comprender: Aquello comenzaba a ser un cementerio de carros muertos. Yo siempre creí que no existirían otros cementerios que los de las personas... Y desde que vi el esqueleto en aquel corralón tomé un profundo cariño a los carros.

Nunca se me había ocurrido pensar en eso, pero aquel año pedí a los Reyes un carro pe-

queño para jugar con él, y entonces comprendí por qué se aman las cosas inanimadas. El pobre carro muerto me enseñó a quererlos. En ellos adivino un don profundamente delicioso...

En la Mancha existen muchos carros. Todos son iguales, o casi iguales. Y en la vendimia, en la feria natural de la Mancha, los viejos instrumentos de dos ruedas se sienten orgullosos, tremendamente orgullosos de sí mismos, porque en esa época se representa, años tras año, la confirmación de su utilidad.

de la Mancha y la vendimia

UBALDO VISIER

